

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION:

Cartagena: Liberato Montolla y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION:

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Miércoles 21 de Marzo.

El Eco de Cartagena

Conferencias del Ateneo.

En la noche del último viernes, y ante una concurrencia tan numerosa como selecta, disertó extensamente el distinguido letrado diputado provincial D. Ramon Valero acerca del importante tema *La vida humana y sus fines*. Si el distinguido orador no hubiera hecho conocer, en su primera conferencia sobre el mismo punto, lo familiares que le son las espiéndidas verdades de la filosofía y de la historia, habríamos entrevisto en él un profundo pensador y un hablante severo; mas como ya reveló en aquella ocasión estas dos eminentes cualidades, al oírle conferenciar de nuevo, no hizo mas que confirmar el juicio formado acerca de sus facultades por el ilustrado público que escuchó su anterior discurso.

No queremos hacer elogios por cuenta propia, pues podría tacharse nos de apasionados, y si alguna frase pudiese parecer lisonjera á quien no haya escuchado las magistrales lecciones de Sr. Valero, téngase presente que ni alcanzan á expresar los sentimientos de sus oyentes, ni aun llegan á ser pálidos reflejos de la verdad.

Así pues, limitándonos á la única y agradable misión que voluntariamente nos hemos impuesto, nos encerraremos en nuestro modesto papel de cronistas, tratando de reproducir con la mayor fidelidad posible los pensamientos capitales de la última conferencia.

Después de un breve y sencillo exordio, se dirigió ligeramente al recordar los puntos más culminantes de su disertación anterior, para enlazar las verdades que iba á exponer, con las ya enunciadas; y haciendo notar la importancia de las cuestiones de la vida, que procedería á examinar el concepto de la vida, en la pri-

mera conferencia espuesto, cuyo concepto era el mas propio y admisible, por cuanto en él están comprendidas las afirmaciones que son comunes á los opuestos bandos y escuelas que tratan de resolver problemáticas trascendentales, dejando á un lado lo que aun está en litigio; esto es, el origen de la vida, su fuente y sus elementos constitutivos.

Entrando á examinar las afirmaciones en el repetido concepto de la vida, halló en primer término, que si bien el ser vivo humano estaba sujeto á constantes y sucesivas transformaciones, permanecía el mismo á través del tiempo, de donde concluía que en la vida existe un *algo* variable, mudable, y un *algo* permanente, eterno, que no se destruye con la pujante acción del tiempo, que no muere con las razas, que no es arrastrado por la impetuosa corriente de los siglos, ni consumido por el fuego devorador de las revoluciones; un *algo*, en fin, que á pesar de inmensos cataclismos y de raras tormentas, navega sin variar de rumbo por el proceloso y turbulento mar de las edades: aquello, lo variable, lo hallaba en la forma del progreso, en la civilización; esto, lo permanente, en el fin humano, en el destino de la humanidad.

¿En donde están—preguntaba— las civilizaciones, las formas de vida de aquellos pueblos que se llamaron Babilonia, Egipto, Palmira, Ecbatana y Memphis, se fundieron en no ser en nuevas civilizaciones y nuevas formas de vida quebrantaron y demoleron las de aquellos pueblos, del propio modo y con igual pujanza que el tiempo agrietó los regios alcázares y hundió en el polvo, que se oculta bajo la maleza, los Mausoleos de los reyes y los grandes monumentos de los hombres. Entre tanto el fin que estos pueblos proseguían, el destino que sobre estas razas pesaba, sobrevivió á aquellos derrumbamientos, y es el término á que se dirigen los pasos de los humanos de todos los tiempos.»

Afirmaba también, al definir la vida, que el hombre se desenvolvía y evolucionaba hasta realizar el ideal

posible de su perfeccionamiento; con esto sentaba: primero que el término de la evolución era el estado perfecto; segundo que solo adquiriria una perfeccion posible, quedando la imposible para el hombre, como propia y esencial del Ser absoluto, de aquel que Es y fuera del cual no hay nada.

Después de esto, y como propio asunto de la conferencia, razonó para probar que hay un fin humano, y que ese fin es la realización del bien, mediante el cual se llega al perfeccionamiento. Demostrado lo primero, ó sea que un fin pesa sobre el hombre, preguntaba: «¿Cuál es este fin? ¿adonde marchan, adonde van esos pueblos salidos de allá, de entre las negras sombras, donde comienzan las edades y los tiempos, y vagan, al parecer, errantes por el desierto de los siglos? ¿adonde van esas razas, esos hombres, esas naciones, que á la manera de las tribus, que á través de las bastas llanuras y señalando su paso, con las cenizas de la hoguera que alumbró sus tiendas, dejan tras sí colosal montón de ruinas y cenizas de apagadas civilizaciones? Van cumpliendo su fin; van disipando las brumas y densas nieblas que al humano espíritu circundan: indefinidamente van perfeccionándose.»

Hecha esta afirmación demostró, á priori y á posteriori, que el bien, y por lo tanto el perfeccionamiento es el destino del hombre. «El hombre, decía, bajo su doble aspecto moral y material, está subordinado, según proclama la ciencia, á ciertas y determinadas maneras de obrar, maneras que son conformes á su naturaleza y esencia; y no siendo el bien otra cosa que la relación de conformidad entre el hecho, tal como se realiza y tal como debe ser realizado; y tendiendo el hombre constantemente á establecer esa relación de conformidad, ó sea, á obrar de aquella cierta y determinada manera, de ahí se deduce que el bien es el fin humano; por él se emancipa el hombre del mal; por el bien vive una vida de Verdad, de Justicia y de Belleza; por el bien asciende de estados íntimos á

otros mas altos y dignos; en una palabra: solo por el bien, y como inevitable consecuencia se llega al perfeccionamiento.»

Demostró que ese fin se venia realizando y nos decía con inspiradas frases: «Abrid la historia, templo sagrado, donde se congregan las razas para elevarse hasta Dios; remontáos á la cúspide de todos los siglos que fueron; subid á la cima de las edades que pasaron; y desde esa elevada montaña, vereis nacer, desarrollarse y morir las ideas, las instituciones, las razas, las religiones, los tronos y los pueblos; y de cada uno de esos derrumbamientos, y de cada una de esas muertes vereis surgir y levantarse el hombre cada vez mejor, cada vez mas perfecto.»

Así nos lo hizo notar, ligeramente en relación á la familia, al derecho internacional, al arte y á todos los demás órdenes y esferas, para poner término á su disertación, y después de algunas consideraciones referentes al asunto, concluyó que pues el bien es el fin del hombre y el perfeccionamiento su consecuencia, á realizar aquel bien deben afluir nuestros esfuerzos, pues por la perfeccion y solo por el camino de la perfeccion podrá el hombre ascender á esas puras regiones que divisa á través del diáfano cristal que hay en la óptica del alma; por la perfeccion, y solo por el camino de la perfeccion, llegará á vivir la vida indefinible que se vive en Dios, fuente inagotable de Verdad, de Justicia y de Belleza, y única que puede apagar la sed ardiente y devoradora que hay en el humano espíritu.

Al concluir tan sentido y brillante periodo, resonaron en todos los ámbitos del salón nutridos aplausos terminando de esta suerte una de las mas notables conferencias que se han dado en el Ateneo.

Misceláneas.

El célebre capitán Boytom, animado por sus anteriores triunfos, se